

REDACCION Y ADMINISTRACION
CIRCULO CONSERVADOR

PATRIA

Precios de suscripción
0'50 pesetas al mes

* BISEMANARIO DE LA JUVENTUD CONSERVADORA *

UNA GRAN DESGRACIA PARA MURCIA MUERTE DE DON ANDRÉS BAQUERO

El estupor y la impresión generales

Es día de Reyes y aprovechando la precoz tibieza del sol de nuestro benigno cielo, hemos ido a desentumecernos un poco a lo largo del serpeante y magnífico Malecón... Hemos visto allí a todo lo más nuestro, a la más distinguida sociedad local, a nuestras más bellas y elegantes damas y damiselas, a nuestros más respetables caballeros, a nuestros amigos... Hemos saludado con la veneración acostumbrada al maestro Baquero, que en unión de algunos de sus admiradores hacía su peripatética jornada de todos los días, y hemos recibido de él un adiós grave sonriente y afectuoso, que nunca hubimos de sospechar que fuese el último...

Luego, llegada la noche, le hemos visto en la estación del ferrocarril estrechando la mano de un viajero ilustre a quien contaba por uno de sus mejores amigos. Más tarde, aun le hemos podido ver en su íntima tertulia del café, y luego marchar a casa acompañado de sus parientes y amigos contertulios, dando al aire el humo de su pipa y haciendo en el corto trayecto de la calle algunas paradas, de las que él matizaba tan inolvidablemente con una anécdota una prudente advertencia, un recuerdo o una frase literaria...

Al día siguiente, el despertar ha sido doloroso. Hasta nuestro lecho llega una noticia inverosímil de tan inesperada y tan cruel. No es posible... Le hemos visto nosotros sano y bueno la noche anterior. ¡Como rie la Muerte de estos pobres argumentos de nuestra resistencia a creer las propias desgracias! Ha bastado un ligerísimo soplo suyo, para que a su letal influencia haya caído por tierra una naturaleza aún vigorosa, y para que las maravillosas fosforescen-

cias de un cerebro en plena fecundidad se hayan extinguido.

Si, es verdad; Baquero ha muerto aunque nos rebelamos a creerlo. Nos lo dicen, al echarnos a la calle, el compañero a quien tropezamos, la negra orla y sentida noticia de los diarios de la mañana, la misma tristeza que está cargando el ambiente conforme nos vamos acercando a la casa del sabio y bondadoso amigo, que tantas veces fué templo de nuestras enseñanzas y oráculo de nuestros consejos.

Ya entramos en ella con una honda emoción que se desbordó acongojada en la presencia del cadáver, que guarda la inalterable serenidad del semblante que tienen los justos. Aun sobre el tapiz moaturo y a la luz amarilla de los blandones, parecemos que le vamos a oír hablar su palabra noble y familiar; pero no, muerto está sin duda, cuando a los sollozos de sus parientes, de sus antiguos criados, de los numerosísimos amigos que desfilan, su corazón sentimental y bueno no responde compasivo.

Aquella cabeza majestuosa de apóstol y de felibre reposa inmóvil y pálido bajo los brazos amables de un Cristo... Ya no piensa, y para la gufa espiritual de Murcia, es un irreparable dolor que el maestro tan unánimemente querido y respetado nos prive de su pensamiento luminoso y generoso, fundido siempre en su excepcional amor a la tierra madre.

Allí yace en una cámara adornada con su exquisito gusto con retratos de familia y con artísticos primores, en aquella casa que su sola figura llenaba. Contiguo está el despacho con sus numerosísimos libros y papeles, en el espontáneo desorden que demuestra haber sido asiduamente manejados. Allí están los volúmenes registrados y abiertos y frescos aún las últi-

mas cuartillas que escribiera el día de su muerte.

Todo es desolación en aquella morada donde se reconcentró la vida de un gran hombre. Una sombra inmensa e impalpable vela todo lo que allí nos rodea. Los circunstantes callan devorando profundas penas y dominados del terror de las catástrofes imprevistas. El maestro descansa serena y eternamente dormido; el perrillo que fué su entretenimiento en sus solitarias sobremesas, está junto a sus pies, como un deudo más. Los enjaulados pájaros que él cuidaba con franciscana predilección, en la habitación inmediata, al rayo tépido y matinal de Enero, lanzaban sobre el duelo común de los presentes, trinos incesantes que eran endechas de inmortalidad...

El ciudadano

Don Andrés, el maestro don Andrés, no existe. La traidora, la inexorable muerte ha venido a sellar su labio para siempre y a apagar las luces de su inteligencia.

En su entierro fué evidenciado el cariño que todas las clases sociales le profesaban y en los rostros quedó retratado, de una manera indeleble, la profunda pena que embargaba sus almas. Porque ¿quién no conocía a don Andrés Baquero? Ser de Murcia y no conocerle podía considerarse como un absurdo, pues encarnaba en él nuestra más genuina personalidad social.

Porque la idea regionalista no podía prosperar, ni dar el codiciado fruto sin que el maestro alentara y fuera su palabra antorcha potente que nos guiara por el áspero camino.

La figura de Baquero abarcaba todas nuestras manifestaciones ciudadanas.

Su obra social es el más grande monumento, el más preciado legado que pudieran dejarnos. Siguiendo sus costumbres y la honrada marcha de su vida, pudiera observarse las virtudes más santas y el amor que sentía por su patria chica, a quien consagró todos sus afanes, todas sus energías, todo su intelecto.

El buscó, seleccionó y nos mostró a nuestros más preclaros pensadores en todas las ramas en que puede dividirse la inteligencia humana. O lo que es lo mismo, dió el sólido cimiento para que levántáramos el edificio magestuoso de nuestro resurgimiento.

Ciudadano probo, fué dejando tras sí

una estela inconfundible de sana moral y la ciudad tiene siempre que guardar de él, el exquisito recuerdo de su austeridad y rectitud no mancillada por ninguna influencia, ni baja pasión que ha encontrado siempre en su pecho la repulsa energética de los hombres dignos.

Ageno a las luchas políticas, aunque no exento de ideal, cumplía todos sus deberes y llenaba todas sus obligaciones, sin que nada viniera a detenerle o extrañarle en la ruta que su conciencia y su virtud le marcara.

Todas cuantas alabanzas se le prodigan, no bastarán a satisfacer nuestro espíritu que ha de mostrarse insaciable, ante una pérdida tan sentida como esta que hoy Murcia deplora y llora con la santa unión de las madres buenas ante la tumba de su hijo querido. ¡Amante hijo que cuando hablaba de ella, mostraba en su ojos toda la ternura de su alma!

Rece Murcia por él; recemos nosotros elevando la vista al Cielo que es su última morada al trasponer los umbrales de la eternidad.

FELIX TUDOR

El Maestro

Sintió siempre el llorado don Andrés vocación especial a la enseñanza. Habiéndole él recibido muy completa de buenos profesores entre ellos los PP. Escolapios del Colegio de Getafe, compenetróse sin duda con la misión pedagógica y afición se a la cátedra hasta el punto de que por los encantos que para él ésta tenía dejó un porvenir más brillante que le estaba reservado en la Corte, donde el gran Cánovas que conocía sus méritos había trabajado por retenerlo. Esta vocación además era heredada; su padre había sido también catedrático y había regido nuestro Instituto. Para la función docente se hubo de preparar de manera fundamental después de sus estudios oficiales, durante el tiempo que estuvo empleado en la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid; años que él consagró al estudio y a su formación literaria con tal ahínco que dejara una huella inmensa en su cultura y que él recordaba con gran fruición. No fué al terneo de las cátedras, como tantos otros, con un superficial barniz de sabiduría, sino con un bagaje considerable de conocimientos que le hizo ser indiscutido para su nombramiento de profesor de Preceptiva Literaria del Instituto de Murcia al que únicamente aspiró. Hombre saturado del espíritu y la letra de las Humanidades, dicho se está que desde un principio apuntó una orientación tan amena, tan práctica, tan suave en la enseñanza, que cautivaba a los discípulos y sabía inspirarles cariño por la asignatura. No se lanzó inmediatamente, cual los inexpertos comerciantes de la cátedra, a la publicación de obras de texto con que lucrarse, sino que lo hizo cuando llevó algunos años de entrenamiento doctrinal en el aula; y fué con tal

esmero, con tal genio sintético, con tal cuidado acierto en la elección de modelos, que de sus labores salieron las "Lecturas de Retórica y Poética", que son uno de los más admirables libros sobre la materia que hay escritas en España. Luego, para facilitar la comprensión de los clásicos latinos cooperó a las preciosas versiones yuxtalineales de que se vienen sirviendo los alumnos del Bachillerato. En cargado por necesidades de las reformas en la enseñanza oficial de explicar la Historia General de la Literatura, estuvo algunos cursos dictando unos apuntes llenos de claros juicios, de método y de erudición, que los alumnos copiaban con verdadero goce, y que él luego compiló en un Tratado que es una maravilla de condensación al alcance de las juveniles inteligencias. Estas y otras de sus obras didácticas, hechas sin pretensiones, sino exclusivamente destinadas a llenar su fin primordial, han merecido ser declaradas de méritos para la carrera de su autor y han tenido gran aceptación en diversos establecimientos instructivos, porque están hechas con un orden, con un plan con un cariño tan trascendentes y con un lenguaje tan sabio y llano, que leyendo sus páginas nos parece estar entre los bancos de sus alumnos oyéndole una de sus familiares, nutridas y amenas explicaciones. ¡Qué paternalmente maestro se nos mostraba en ellas! Con qué regocijo le escuchaban atentos sus discípulos! Qué lecturas las que de nuestros clásicos les hacía! Cómo aprendían los alumnos insensiblemente y a su contacto como amaban nuestras patrias letras y como se despertaban en ellos aficiones a cultivarlas y admiraciones y devociones por nuestros insignes modelos!

¡En los exámenes cuán justamente benigno en las correcciones y admoniciones cuán discreto! Hasta en la conversación, qué autorizado y simpático magisterio!

Sin él queda el aula con un vacío glorioso. Muchas generaciones de agradecidos alumnos a quienes adoctrinó no lo borrarán nunca de su recuerdo cordialísimo.

JOSÉ S. DE NARBONA

El Literato

Me comunica mi Director en atenta carta, que este número de PATRIA va a dedicarse a rendir un homenaje de sentimiento al que en vida fué el querido maestro de la literatura murciana D. Andrés Baquero Almansa. Con este propósito me ha encargado que sea yo el que os hable del autor, del literato ya que a otros compañeros se les han destinados otras fases de las muchas que poseyó en vida este ilustre señor, gloria de Murcia.

He tenido esta noche sus libros en mis manos. Todos, en la primera página, tienen una frase de cariño para mí, escrita de su puño y letra. He querido ojear su obra y mis ojos se han llenado de lágrimas; de mi corazón se desbordaba el dolor; temblaba mi mano, la pluma se resistía